

¡Camilo Blajaquis era César González!

Sobre quiénes serán esos jóvenes a los que les pedimos que se quiten la gorrita dentro del aula

Aldo Raponi*

Enseñar Lengua y Literatura es una tarea de alerta permanente, de guardia las veinticuatro horas, sin principio ni fin, no se descansa nunca, aunque a veces hay momentos para tomar mate y comer bizcochitos, como en este toldo y con Astier, pero hay que dejar todo en cualquier momento y anotar el título de esa canción porque hay que llevársela a los pibes, saber de dónde se sacó ese fragmento y conseguir el texto completo aunque posiblemente no les interese todo, porque además es muy largo y por momentos un poco pesado, ver si es preferible conseguir la película de esa novela o buscar aquella otra que articula desde el género pero propone una mirada distinta de lo fantástico. Cuando hace un mes pasé frente al televisor, que estaba clavado en el canal Encuentro, escuché dentro de la “caja no tan boba”, una voz familiar, una manera de decir que escucho todo el tiempo en las aulas, en los pasillos de las escuelas y vi una cara que podría ser..., pero no era, porque a César González no lo conozco y hasta ese momento tampoco había oído hablar de él, entonces dejé de ir de un lado a otro, me senté y no pude dejar de mirar y oír.

César González o Camilo Blajaquis (porque es el mismo) desborda de esta manera su lengua diciendo “soy de una generación que se crió con dos presidencias de Menem, la desocupación, el hambre, la miseria, en ese contexto un pibe la única alternativa que tiene a robar es trabajar en una fábrica en negro o tener un trabajo de mierda”[1]. Después dirá que si hoy, a los 21 años, “escribe como escribe” se lo debe a Oliverio Girondo. En el medio, y en cierto sentido casi como una réplica contemporánea del protagonista de *El juguete rabioso*: robo, secuestro extorsivo, heridas de bala, drogas, institutos para menores, juzgados, cárcel desde los dieciséis, requisas, golpes y también los libros, el ensayo, la literatura, la historia.

Unos días después escribo para preguntarme cómo se puede pensar la experiencia de César, desde la mirada de los que trabajamos en distintos lugares y con diferentes objetivos con la “lengua y la literatura”, en

* Aldo Raponi es Licenciado en Enseñanza de la Lengua y la Literatura y Profesor de Castellano, Literatura e Historia. Se desempeña como docente en escuelas Medias y Técnicas del conurbano bonaerense y como Profesor en la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura de la Escuela de Humanidades de la Universidad Nacional de San Martín, en su modalidad virtual.

especial enseñando como profesores en las escuelas, pero también convocando a la palabra en un taller literario, en un centro de jubilados o en un sindicato o brindando apoyo escolar en un comedor comunitario. O como en el caso de César, en una escuela dentro de una cárcel, donde tuvo contacto con los primeros libros de Roberto Arlt, Charles Bukowski y Rodolfo Walsh, en un taller voluntario de magia, de manos de Patricio, un mago que tal vez en algún momento se hizo algunas de las preguntas que nos hacemos todos los días nosotros los profesores y que tienen que ver con uno de los motivos fuertes que nos convoca a estas páginas de la revista, con ese “cómo hacer para...”. Habiendo estado dentro de un aula de cualquier escuela o viendo las imágenes de César es casi imposible no volver sobre nosotros mismos, sobre la reflexión que nos exige nuestra tarea, la manera en que vamos construyendo nuestra mirada, sobre los por qué, para qué, qué y cómo enseñar y quiénes son esos jóvenes a los que les pedimos que se quiten la gorrita dentro del aula, que bajen los pies de la mesa y que para la próxima clase vayan a pedir a biblioteca el libro de Cortázar. Me pregunto si realmente vemos en toda su complejidad a quienes tenemos delante de nuestros ojos, esos pibes que también están delante de los ojos de esta sociedad, aunque algunos de ellos se hagan visibles únicamente cuando los “miran por tv”, en otros canales, en los noticieros o en los “programas especializados en inseguridad” en los que alguna actriz o periodista piden que se baje la edad de imputabilidad para los menores o directamente la “pena de muerte”.

César vive en el barrio Carlos Gardel en El palomar, en el conurbano bonaerense, en sus palabras, “El lugar antes era una villa pero sigue siendo el barrio. Hay muchos obstáculos, pero yo amo mi barrio, amo la gente de mi barrio, amo la esencia de mi barrio, amo su cultura y tuve una infancia normal para todo pibe de esos barrios...”. Es el mayor de siete hermanos y dice que es hijo de madre soltera y que en algún momento su mamá también estuvo presa. “El contexto social para un ser humano es determinante, ya dejó de ser condicionante y de simplemente tener influencia. Yo de chico era estudioso, me gustaba 'historia', me gustaba 'lengua' y me gustaba aprender, pero fijáte cómo el contexto ya a los 13, 14 años me mostró la merca, me mostró las armas, me mostró que nunca tuve nada y que podía salir a chorear y a tener algo material, yo que nunca tuve nada. Y estos no son caminos fáciles porque cuando el pibe sale a robar no es que no le importe nada, está arriesgando su vida, la de otros, y eso es muy difícil, hay que pensarlo profundamente, elige lo que tiene a mano, y qué le ofrecen a cambio de robar...”. Y enseguida, casi como una referencia obligada, pasa a hablar de la escuela. “La escuela estuvo quebrada durante el gobierno de Menem y de De la Rúa, y se mantuvo por el buen corazón de los maestros”, dice César y agrega “Si vos te criás en una cultura en la que héroe es el que robó un blindado o mató un policía, no eran San Martín o Belgrano, porque ojo... yo la verdadera sabiduría, el verdadero conocimiento y la verdadera reflexión los traje por caminos independientes a la educación común, porque la escuela es dos más dos cuatro, diecisiete

de agosto conmemoramos la muerte de San Martín, nada más, a mí en la escuela no me enseñaron de la revolución cubana, qué significó, de que hubo pensadores como Marx o Nietzsche, que dijeron algo distinto, yo me tuve que enterar que el Che era argentino porque leí un libro, no me lo enseñaron en la escuela. No te enseñan a pensar en la escuela, no te enseñan a formar una ética, ese es mi panorama de infancia pero en la actualidad el escenario es más optimista". Está claro para César, la escuela, aún "quebrada", siguió siendo un lugar fundamental para la sociedad, un espacio que "siempre está allí", que sostuvo y en algunos aspectos contuvo a muchos chicos de los efectos devastadores de la última crisis, pero no fue un lugar de crecimiento, de generación de alternativas, de posibilidades. Habrá que preguntarse qué viene sucediendo dentro de la escuela, cómo se construyen esas representaciones sobre nuestros alumnos, qué es lo que verdaderamente escuchamos de ellos, a qué cuestiones ponemos atención y volver sobre nuestro trabajo, sobre nuestras prácticas.

El conurbano bonaerense, tal vez como muestra descarnada de lo que ocurre en tantos lugares de nuestro país, está habitado por miles de Césares en distintos momentos de sus vidas, transitando por caminos parecidos, dentro o fuera del sistema, dentro o fuera de "la ley", dentro o fuera de la escuela, a veces mero lugar de "contención", y que son sólo visibles en lo que la sociedad considera sus "carencias, sus defectos, sus desvíos de lo legitimado, de lo establecido, de lo naturalizado, y no en la riqueza y la complejidad de sus particularidades, de sus diversidades lingüísticas, sociales, culturales. Miradas que desde un punto de vista pedagógico y sociológico, están apoyadas consciente o inconscientemente en las denominadas "teorías del déficit", que en algunos aspectos transitan caminos comunes con ciertas concepciones constructivistas del desarrollo infantil y que suponen como señala Sandra Sawaya (2008) que estos chicos, provenientes de las "clases bajas" a diferencia de los de "clase media", no pueden "alcanzar los niveles de conceptualización necesarios para la construcción de la escritura en la escuela y de compartir los sentidos y usos sociales de la escritura". Todo esto apoyado en las hipótesis de que esas supuestas "deficiencias" en el desenvolvimiento cognitivo y lingüístico se deben a la falta de estímulos en su vida cotidiana, que redundaría en modos de expresarse, de pensar y de aprender muy elementales o básicos. César, como muchos otros chicos, llegó a la adolescencia con lo que algunos lingüistas denominarían un código restringido, una variedad lingüística no estándar y la dificultad para manejar un registro formal, con un vocabulario escaso y lo que muchos docentes de nivel primario y medio denominan "pocas palabras o poco vocabulario", "un lenguaje poco coherente y cohesivo", una "sintaxis equivocada o incorrecta" y por lo tanto, dicen, con la producción de "pocas ideas", "sencillas", "elementales" que hacen imposible el abordaje del pensamiento complejo. Sin embargo hay todo un mundo relacionado con la lectura y la escritura, con las palabras y los textos que rodeó a César y a tantos otros chicos desde muy pequeños, formas no legitimadas por maestras, profesores,

psicopedagogos, psicólogos, abogados, jueces, etc., que a pesar de los pronósticos, de las profecías autocumplidas del fracaso, le permitieron convertirse en un lector voraz, en escritor y editor de la revista *¿Todo Piola?*, en la que escriben otros pibes como él, de Fuerte Apache y Ciudad Oculta, distintas villas, y en el poeta Camilo Blajaquis que ya publicó su primer libro de poemas que lo habilita en una geografía con calles de barro, asistentes sociales, casas de material transitorio, a decir que Foucault y su libro *Vigilar y castigar* lo ayudó mucho para entender cómo se creó la cárcel, con qué fin, a quiénes se metió siempre adentro, o a citar a Friedrich Nietzsche, a Jean Paul Sartre, Karl Marx, entre otros, siempre sin abandonar el habla de un pibe “de barrio”, sin pronunciar algunas “eses”, agregando “qué onda”, “flashero” “bien ahí”... para decir... “hoy en día lo que hay es una exclusión cultural, simbólica y psicológica, porque la sociedad piensa que un pibe de una villa está condenado a ser ignorante, a tener un conocimiento completamente limitado y que esas limitaciones nunca lo van a dejar progresar”. Estigmas, rótulos, categorizaciones, prejuicios, dentro y fuera de los lugares de encierro, de la cárcel, de la escuela, que generan formas de resistencia, desconfianza y resentimiento. César recuerda que cuando estaba en la cárcel...“Fui a la entrevista semanal obligatoria que tenés con la psicóloga social, que son los encargados por derecho natural a decirte cómo es la vida, cómo va a ser cuando vos salgas, ellos saben todo, se ponen en una posición desde allá arriba y le llevé un poema, uno de los primeros.... Mirá escribí esto estoy experimentando una sensación que no experimenté nunca, estoy sintiendo que puedo servir para algo, le dije, pero ella lo agarró, lo corrió para un costado y me dijo que eso no me iba a dar de comer el día de mañana, que yo tenía que pensar en trabajar... Tenés que pensar que cometiste un delito me dijo” y agrega César “Por eso una carrera no te da autoridad moral ni ética para creer que sabés más que otros. Todos esos profesionales tienen muchas respuestas, yo tengo muchas preguntas”. Pero claro, los pibes como César no piensan que tienen que creer en todo lo que les digamos los adultos o hacer todo lo que les pedimos. Pienso nuevamente en la escuela y sé que el solo hecho de ser presentados como profesores, o tener un título o tener ciertos conocimientos sobre alguna disciplina no es suficiente para que muchos chicos, como César, confíen en nuestras propuestas. Son pibes que en la primera clase nos preguntan qué marca de auto tenemos, si es un cero kilómetro, cuánto nos costó la notebook, dónde vivimos, porque antes de prestarnos atención quieren saber si somos unos “caretas” más, quieren saber quiénes somos y para qué les sirve eso que les llevamos como si fuera la llave que les abrirá las puertas de un futuro distinto, porque vienen “del barrio” y ya desde muy chicos están acostumbrados a que unos desconocidos “con título” les digamos qué tienen que hacer, cómo tienen que vivir y qué les va a pasar si no lo hacen. César dice “Sobre los profesores, de los profesores sensibles, de los que iban por ayudar y no por un sueldo, tengo muy buenos recuerdos...” Y acá se juega gran parte de la posibilidad de comenzar a desarticular algunas formas de resistencia escolar que muchos chicos ponen en juego dentro y fuera del aula, múltiples maneras de negarse a mostrar lo que piensan, lo que

saben, a veces por vergüenza, por miedo a ser puestos en ridículo, desestimados en sus expresiones orales, en sus escrituras, y considerados únicamente como alumnos con déficits o carencias. Como dice Michèle Petit (2001: 31-39) “...cuando alguien que no recibió nada al nacer pudo apoderarse de los libros, aparecen casi siempre en su historia ciertos encuentros a veces fugaces que han influido en el destino; un amigo, un docente, un bibliotecario, un trabajador social han transmitido su pasión, han legitimado o develado un gusto por la lectura, y han provisto los medios materiales que permiten apropiarse de esos bienes hasta entonces inaccesibles”. César explica qué pasó cuando su profesor le acercó los primeros libros: “a lo primero dije... qué dice este loco, qué carajo me importa, a mí me quedan cuatro años de condena todavía, que se vaya con su fantasía revolucionaria a otro lado...” y agrega “creo que el primer libro me habrá llevado como tres meses, leía dos páginas por día, por noche, para mí ya era un montón, después eso fue progresando y después me los comía los libros estando encerrado. Cada vez iba conociendo más palabras, incorporando términos a mi vocabulario, iba a una entrevista en el juzgado y me podía manejar con otro léxico, dije: bueno loco, acá tengo vida, acá hay vida”. “Al principio leía Rodolfo Walsh, Masetti, la historia del PRT- ERP, de Montoneros, de la lucha armada, eran ensayos políticos pero eso se agotó y no quería frenar en nada, empecé en el marxismo pero seguí profundizando, la novela, literatura fantástica, la literatura anglosajona, de los ingleses y de Estados Unidos.... No es un pecado, no quiere decir que todos los yanquis son capitalistas, imperialistas y malas personas, hay Hemingway, hay Bradbury, hay Edgar Allan Poe en la literatura estadounidense, en Inglaterra también, Wilde...”

Pero desde dónde lee César, cómo resignifica los textos de Walsh, de Pablo Neruda, Federico García Lorca, de Eduardo Galeano, de todos esos autores que va citando. Se podría invitar desde estas páginas a reconstruir a través de la formulación de hipótesis, algunos de los modos en que César fue interpelado en sus saberes sociales, en sus experiencias de vida, en su imaginario, en sus recuerdos, por la lectura de frases o episodios protagonizados por aquellas personas y personajes que han impactado en su subjetividad, que probablemente parezcan autorreferenciales en su transgresión, en la búsqueda de un camino propio, a contramano del discurso dominante, como cuando cita al Che Guevara diciendo que “hay que sentir cada injusticia como propia”, o se pregunta por la misteriosa muerte en un accidente aéreo de Camilo Cienfuegos (de quien tomó su primer nombre para su seudónimo, Blajaquis será “en honor a Walsh” que “habla de otra manera” del sindicalista, del obrero Domingo Blajaquis, en su *Quién mato a Rosendo*), luego de haber sobrevivido a situaciones extremas en las que su vida estuvo varias veces comprometida, o cuando César recuerda que tuvo en sus manos *Operación masacre* y a la manera del “fusilado que vive” de Rodolfo Walsh dice “aquel día terminé muy mal, me dieron masa esa vez, entre cinco o seis, me dieron. Tirado en la celda como estaba ese libro fue como luz” y lee un fragmento de la novela “Me siento insultado como me sentí sin

saberlo cuando oí aquel grito desgarrador detrás de la persiana, Livraga me cuenta su historia increíble. La creo en el acto. Así nace aquella investigación” y agrega “esta es la biblia, esto me cambió la vida, como a un evangelista le cambia la vida Dios, a mi me la cambió Walsh” y agrega más “se va a enojar mi abuela que es religiosa”. O tal vez cuando lee las *Aguafuertes porteñas* de Roberto Arlt, que “en una de sus crónicas dice que ningún libro, ninguna escuela, ningún profesor te puede enseñar lo que te puede enseñar la calle, lo que vos aprendés en la calle no se aprende en los libros. Y eso que Arlt era una persona que leía ¿no?...”. César caminando entre los textos históricos, testimoniales y ficcionales. Pienso entonces de nuevo en Michèle Petit (2001: 31-39) cuando se pregunta “cómo la lectura ayuda a las personas a construirse, a descubrirse, a hacerse un poco más autoras de su vida, sujetos de sus destinos, aún cuando se encuentren en contextos sociales desfavorecidos. (...) de qué manera, apropiándose de textos o fragmentos de textos, hay niños, adolescentes, mujeres, hombres, que elaboran un espacio de libertad a partir del cual darle sentido a sus vidas, y encontrar, o volver a encontrar la energía para escapar de los callejones sin salida en los que estaban bloqueados.” Agrega César “Una vez que la venda se cae de los ojos no parás más, o sos un miedoso te hacés el boludo de lo que viste y llevás una vida de farsante como hacen muchos.” “Conocer la lectura me ayudó a transformar el resentimiento en arte, en poesía, en reflexión”, pero aclara que él no cambió, que no lo cambiaron, que no es otro, porque eso haría parecer que entró “uno” y salió “otro”, porque es él mismo pero con otra cabeza, que sólo reemplazó los fierros por los libros, por escribir, por “la tinta y la hoja”, y explica “en todo caso una metamorfosis como la que dice Kafka en su cuento, ¿no?, se va a dormir un ser humano, se despierta una cucaracha; bueno, a la cárcel entró un pibe chorro y tendría que haber salido un pibe chorro, porque eso necesita la sociedad y sin embargo salió un poeta, alguien que no está resentido, alguien que no tiene odio y quiere que se genere algo más interesante para las generaciones venideras.”

Modos particulares de leer, de apropiación y producción de sentidos que, para César, tienen que ver con la clase social a la que pertenece “Porque no es lo mismo que alguien de clase media ‘piense’, a que lo haga un pibe de clase baja. Si el de clase baja tiene conciencia de clase, la potencia que tiene ese pensamiento es mucho más explosiva que la de la clase media, en el sentido de rebelarte. Fue lo que me pasó a mí: tener conciencia de clase, pero no haciendo una separación porque yo soy de abajo, pero no quiero que se muera el de arriba. No. Yo pensaba todo esto, pero seguía dentro de una celda. No sabía que el día de mañana iba a publicar un libro, a hacer una revista.”[2]

Modos de leer que también tienen que ver, como señala Roger Chartier (1993), con la “materialidad” del libro, pero no sólo con cuestiones físicas del texto, los paratextos, la disposición espacial, la extensión, etc., sino también con su disponibilidad, con los lugares donde se lee, las condiciones de lectura, los controles,

que forman parte de esa búsqueda de sentidos, pienso en cómo se potencia la lectura como transgresión dentro de una cárcel, en un ámbito en el que se juegan cuestiones de prestigio entre pares y “de manejo de saberes” con los guardias (“Me pegaron en la cárcel por leer, por escribir, por pensar, paradójicamente. La sociedad dice que en la cárcel estamos mejor, que los derechos humanos son sólo para los chorros... Y uno escucha todo ese discurso de que nos gusta esa vida en la cárcel, que no hacemos nada. A mí no me gustaba esa vida y decidí hacer otra cosa: leer, terminar el secundario, recibirme. Pero no recibí un abrazo de la sociedad; recibí piñas, me quebraron los tobillos, me rompieron un diente; sufrí miles de requisas por leer y escribir”. Cesar recuerda: “Paralelamente vivía en el pabellón con los pibes, era un ‘tumbero’ más, no es que porque yo empezaba a leer salía y le decía a los pibes ‘chicos la verdad que me di cuenta de que hay que ser sensible’; no, hay que sobrevivir, porque la cárcel es un lugar de mierda, súper hostil, súper difícil, súper doloroso, pasás hambre, la requisa te caga a golpes dos o tres veces por semana, o te inyectan en los institutos para que te duermas y no molestés, o en un penal te viven quebrando los huesos porque ‘ahh’ no podés abrir la boca, digamos que yo leía de noche”. Transgresión, apropiación y participación activa diría Michel de Certeau (2000: 178) cuando advierte que los lectores no son “consumidores pasivos” que reproducen los discursos dominantes sino que van más allá de esa representación que afirma que consumir libros, programas de TV o películas, “significa necesariamente ‘volverse parecido a’ lo que se absorbe, y no ‘hacerlo semejante’ a lo que se es, hacerlo suyo, apropiárselo o reapropiárselo.” “Fue fuerte...una vez que empecé a leer, que empecé a informarme que esto que el otro, empecé a hacerme muchas preguntas y empecé a entender cómo era este sistema del que estaba siendo partícipe, dije apa... Mirá vos, nueve de cada diez de los que estamos acá venimos de una villa y pasamos todos por lo mismo... Yo era una consecuencia social. Reconozco, cometí un delito... pero todo esto no era casualidad” y también “Me di cuenta de que la sociedad prefiere que los pibes roben, que se droguen antes que accionen y piensen. Es más peligroso un pibe que piensa que un pibe que roba. Cuando un pibe en este país pensó y accionó, lo torturaron, lo masacraron y no apareció más.”

Pero si como nuevamente dice Michèle Petit (2001: 103) “la cultura es algo que se hurta, que se roba, algo de lo que uno se apropia, algo que uno acomoda a su manera” seguramente el robo de bienes simbólicos para resignificarlos y develar las distintas modalidades que asume la violencia simbólica, cultural, de la que habla César González o Pierre Bourdieu o Henri Giroux o tantos otros pensadores, es otro tipo de robo que el “discurso dominante” y sus versiones simplificadas, naturalizadas en el “sentido común” de cierto sector de la sociedad no tolera. Para ellos César es apenas el ejemplo del “buen salvaje”, la “piedra roseta” que confirma que “los pobres también leen y escriben”, la prueba del “self made man” y del “hay que esforzarse para conseguir lo que uno quiere”, alguien que “hizo bien los deberes” y ahora puede unirse a “la

civilización”, aunque nunca formará parte de ella, porque estas miradas etnocéntricas están sustentadas en cuestiones más profundas, arraigadas en la tradición y el conservadurismo y porque además sigue “robando” y yendo “a contrapelo” de los valores que sostiene este sistema, del mismo modo que lo hace Camilo Blajaquis cuando dice “La primera vez que escribí sentí como una descarga eléctrica y me dijemirá vos, no sirvo simplemente para ser un pibe chorro, como me dicen todos los días en el juzgado el juez o el fiscal” y agrega....“cuando empecé a escribir, por primera vez me sentí una persona”. Camilo cuenta “llegué a la poesía desde que empecé a ponerle letras a lo que estaba sucediendo en mi cabeza, al principio era bien simple o si no con rima, no podía escaparle y si yo lo miro hoy me da hasta gracia, era una escritura súper limitada, súper inicial, novata, pero me hacía sentir bien como persona.”

Habrá que pensar de qué manera la escritura permite este tipo de reflexiones, a medida que César escribe, se escribe, se vuelve a nombrar, se llama Camilo, y dice que nació una sola vez, cuando empezó a escribir.

Esa ruptura que abre la lectura y profundiza la escritura en Camilo es también una ruptura con las formas, otros modos de transgredir las leyes, de enfrentar al “sistema”, otras puertas que la lengua ofrece y que a veces se abren de manera violenta también, como una necesidad de expresarse, porque la propia subjetividad está puesta en juego.

“No soy un gran lector de poesía, no soy un gran conocedor del estilo, conozco algunos autores que para mí fueron fundamentales como Oliverio Girondo”, dice. Girondo es su poeta preferido, el que le enseñó que no había reglas para escribir... “Me ayudó a conocer que ... ahhh... No tiene que tener una estructura el escribir, bien formal, bien que tiene que cumplir reglas, estatutos, pautas literarias con un orden. Oliverio hizo un quilombo bárbaro con las palabras, fue un revolucionario, un rebelde, un rebelde literario... Él me mostró ese panorama, yo a lo primero quería caer bien con lo que escribía, después no me importó más. Él me dio libertad...” En un lugar parecido está Roberto Arlt “... empiezo a leer las crónicas de Arlt, que si tenía que putear puteaba y si tenía que usar términos del lunfardo, berretines, lo que sea, los ponía, sin miedo y dije: ahhh”.

Camilo vuelve siempre a la lengua, como a aquellos lugares a los que nos aferramos, desde donde sabemos que nos hacemos fuertes, esa misma que reemplazó los fierros... “Empecé la facultad, estoy en nuevos ambientes con gente que habla diferente. Pero el lenguaje es muy amplio; en mi barrio si tengo que hablar con los pibes, hablo así también. Soy así siempre, pero tampoco en exceso porque si me hago el académico me van a decir: ‘¿Qué estás hablando, gil?’ Pero no me gusta el estereotipo y simular que soy villero y tener que comerme las eses y decir: ‘Ey, guacho’. Ya venía incorporando nuevas palabras a mi vocabulario desde la

lectura. ¿Vos te pensás que hablaba así cuando caí en cana? Usaba la misma cantidad de palabras para hablar siempre de lo mismo: a quién le choreamos, cuánto hiciste, cuánta merca compramos, anda la yuta... No salía de ahí. Ahora no tengo odio, y eso que me sobran los argumentos para odiar, para salir de la cárcel con ganas de matar.”

Para explicar el título de su libro Camilo dice “No soy un fanático de los Redondos, pero sí un investigador de las letras, de la música, de los acordes. Algo de esa pasión ricotera está en *La venganza del cordero atado*. Juego con ese título del disco porque considero que el lobo suelto es la representación del capitalismo de consumo y el cordero atado representa al pibe excluido, encarcelado, asesinado por la policía, el pibe condenado a ser un adicto, un ignorante. Llega una noche en que ese cordero se desata y sale a vengarse de todos. Se desata solo el cordero. Pero la venganza no es matar al lobo. La venganza es regalarle un poema, reflexionar. La poesía es mi mejor venganza.”

“Sigo escribiendo poesía, estoy preparando mi segundo libro. Necesito escribir como el adicto necesita de su dosis. Mi dosis es escribir porque me corre la poesía por las venas. Y que por mis venas corra poesía es lo que me hace también experimentar una sobredosis de esperanza.”

En “Desconfianzas” el “yo poético” (diríamos los profesores de literatura) dice:

(...)

¿Y qué onda si soy un caso muy extraño?
¿Y qué onda si estoy orgulloso de tu desprecio?
¿Y si lo más inspirador fuera tu desconfianza?

Ni ahí, Camilo, “caso extraño”... ni a palos, le diría.

Mientras termino de escribir esto, el noticiero anuncia que en el mismo Barrio Carlos Gardel, se encontró abandonado un auto con el que se cometió otro “hecho de inseguridad” y enseguida pienso que ahí nomás, muy cerquita, aunque en realidad ya muy lejos, debe estar Camilo coordinando unos talleres de escritura para la Secretaría de Cultura de Morón y entonces su voz, o la de alguno de mis alumnos vuelve para que no me olvide nunca.... “Es la educación popular de la que hablaba Freire: el que enseña aprende, el que está aprendiendo a la vez enseña”, me dice.

“Quiero vivir muchos años, quiero ser feliz” sueña Camilo o César o tantos pibes del conurbano.

Notas

[1] Las citas de César González fueron extraídas de las entrevistas realizadas en los programas “Caminos de tiza” e “Historias debidas” de Canal Encuentro. Disponible en:

<http://www.youtube.com/watch?v=3DVOvtcedIM&feature=channel>

[2] En: Frieria Silvina. “Es más peligroso un pibe que piensa que un pibe que roba”. Diario *Página 12*, 18 de octubre de 2010.

Bibliografía

Chartier, Roger (1993): *Libros, lecturas y lectores en la edad Moderna*. Madrid, Alianza.

de Certeau, Michel (2000): *La invención de lo cotidiano. I Artes de hacer*. México, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Petit, Michèle (2001): *Lecturas: del espacio íntimo al espacio público*, FCE, México.

Sawaya, Sandra María (2008): “Alfabetización y fracaso escolar: problematizando algunas presuposiciones de la concepción constructivista”. En *Lulú Coquette. Revista de Didáctica de la lengua y la Literatura*. Nº 4, Año 4, Ediciones El Hacedor/Baudino Editores, Buenos Aires.